

Gary Shteyngart

Desde Rusia con humor (y absurdidad)

Antes de que los efectos retardados de las drogas le dejen el cerebro hecho un colador, el autor de "Absurdistán" y "Una súper triste historia de amor verdadero" ha querido volcar sus memorias en "Pequeño fracaso", crónica de un viaje de la URSS a Estados Unidos y tragicómico retrato de un continuo choque cultural y social.

Por DAVID MORÁN

Cuando tenía 5 años y no era más que un alfeñique asmático que ya había aparcado el violín, Gary Shteyngart (Leningrado, 1972) empezó a hurgar en su cabecita a medio amueblar y salió de ahí con "Lenin y un ganso mágico", un relato descacharrante y convenientemente socialista en el que Lenin y un ganso (mágico, por supuesto) se aliaban para invadir Finlandia. "¡Lenin está vivo y se despierta en Leningrado! Se ha bajado de su pedestal de la plaza de Moscú y ha llegado la hora de la venganza", escribe ahora este menudo y achaparrado autor que podría pasar sin demasiados problemas por el nieto guasón de Groucho Marx. Unos cuantos años más tarde, un Shteyngart algo más crecido pero igual de asmático posaba como Springsteen en "Born In The USA" (1984) para la portada de una casete de versiones grabadas por él mismo en la que, por ejemplo, "Like A Virgin" pasaba a ser "Like A Sturgeon" ("Como un esturión"). "Hay himnos a las 'babushkas', al queso fresco y a la sexualidad incipiente", leemos.

Son solo dos ejemplos, sí, pero uniendo lo uno con lo otro podemos llegar a hacernos una idea de lo que el autor de "Absurdistán" (2006; Alfaguara, 2008) nos quiere contar en "Pequeño fracaso" (2014; Libros del Asteroide, 2015), obra de memorias y tropiezos, de aprendizaje y desternillante formación, en el que relata el periplo que lo llevó de la URSS a Estados Unidos y, por ende, por el que pasó de ser Igor Semyonovich Shteyngart a ser simplemente Gary. "Cualquier buen libro tendría que plasmar el conflicto constante entre el lugar del que vienes y al que te diriges", sopesa ahora el autor de "Una súper triste historia de amor verdadero" (2010; Duomo, 2011), arrancando durante unos días de la comodidad de esa cama repleta de almohadas en la que, asegura, ha escrito todas y cada una de sus obras, para seguir hablando y recordando, cayendo y riendo. "Era importante que fuera ahora para que los recuerdos no se acabaran

convirtiendo en versiones nostálgicas de lo que fueron. Además, quería recordar antes de que todas las drogas que tomé en el instituto me hagan efecto de verdad", sostiene Shteyngart, para quien la necesidad de hacer memoria con apenas 43 años responde a motivos tan emocionales como fisiológicos. "Ya se sabe que los hombres rusos no vivimos mucho, así que mejor darse prisa", bromea.

Así que, manos a la obra, el tándem Igor-Gary se ha lanzado a la carretera de los recuerdos para sortear baches, esquivar unos cuantos conflictos geopolíticos entre el comunismo y el capitalismo, pasar revista a su familia genuinamente judía y, en fin, acabar derribando algunas mitologías que habían acompañado al autor hasta estos días. "Siempre creí que éramos salvajes y desmadrados y que una vez incluso secuestramos un tren y lo llevamos al Bronx, pero después de hablar con compañeros de aquel entonces me di cuenta de que no era más que una película que habíamos visto colocados", relata. Ah, las drogas, una vez más, haciendo de las suyas y saboteando una ristra de historias en las que Shteyngart repasa su *background* familiar, se suma a la ilustre tradición del sarcasmo ruso —"es lo único que tienes: el humor y el sarcasmo. Es la única manera de tener un poco de poder en un país como Rusia", asegura— y da buena cuenta de la colisión cultural entre Oriente y Occidente. "Dejamos la Unión Soviética y el socialismo, sí, pero cuando llegamos a Estados Unidos descubrimos que la esencia viene a ser la misma: hay gente que tiene poder y gente que no. Y no tardas demasiado en saber a qué grupo perteneces", explica Shteyngart.



Entre dos aguas. FOTO: ÓSCAR GARCÍA

Con este "Pequeño fracaso", apodo que le calzó su madre y que ahí se quedó, marcando sus pasos y encaminándolo al diván del psicoanalista de guardia más cercano, Shteyngart salta de un país en el que nadie podrá leer su último libro en ruso —en algunos diarios hasta se le tilda de traidor— a otro que, asegura, ha quebrado moralmente. Y todo mientras sus compañeros de escuela se ensañan con él, sus familiares caen a manos de los nazis o en los campos de trabajo estalinistas y su historia se despliega como un mapamundi torcido y arrugado de la inmigración. "En realidad, no es más que un libro sobre cómo un escritor se convierte en eso mismo, en escritor", relativiza. O eso o, barrunta, "una manera de que tus hijos puedan ver lo capullo que eras". ■



GARY SHTEYNGART "Pequeño fracaso"

LIBROS DEL ASTEROIDE

MEMORIAS A Gary Shteyngart le sorprende que, a diferencia de lo que ha ocurrido en Estados Unidos, donde "Pequeño fracaso" fue recibido como un libro esencialmente humo-

blemente, que el autor de "Absurdistán" es tan hábil como discreto a la hora de aplicar los filtros de la risa y el sarcasmo, del humor y el absurdo, y acercarse a su propia vida.

No es, para entendernos, un virtuoso de la irreverencia más desmadrada como Shalom Auslander, sino un maestro artesano de la acumulación: sus propias vivencias y las de su familia, ese nacer en Leningrado sin un inhalador de asma al alcance de la mano y crecer en otro país, el de las oportunidades y todo eso, al que sus padres jamás llegaron a acostumbrarse; ese conflicto casi constante entre comunismo y capitalismo y entre las nociones de triunfo y fracaso es lo que va dejando un poso de

humor que va creciendo página a página.

Es entonces cuando aparecen los ecos del mejor humor judío y Shteyngart consigue mantener el pulso y el ritmo anudando capítulos memorables —son deliciosos, por ejemplo, el de los recién llegados a Nueva York reclamando el millón de dólares de una promoción por correspondencia o el del aterrizaje de Shteyngart en la Universidad de Oberlin— con viñetas sepia de la historia familiar; souvenirs de una vida plagada de contrastes y conflictos, de risas y llantos, que el escritor va exhibiendo con embarazoso orgullo mientras atiende a las súplicas de un padre que le pide que, por favor, no escriba "como uno de esos judíos que se odian a sí mismos". ■

rístico, aquí se haya querido subrayar el tono tragicómico. Serán cosas de la traducción. O, más pro-